

# Habitando la tempestad. Job y el transhumanismo

ANTONIO PANEQUE SOSA

## 1. Introducción

Afirmaba el cardenal Martini que en nuestra sociedad secular resulta oportuno subrayar el carácter de la Biblia como «libro que educa», texto sapiencial «que expresa cómo la verdad de la condición humana... puede descubrirse reflejada en alguna parte del texto»<sup>1</sup>. Al describir los acontecimientos de un pueblo en el marco de la relación con otros colectivos humanos, a lo largo de un camino progresivo de liberación, de toma de conciencia de la condición humana, de crecimiento en la responsabilidad del sujeto individual, la Biblia, en efecto, aporta un paradigma histórico válido para la historia de la humanidad.

Entre sus páginas halla acomodo un libro de gran actualidad, el de Job, que confronta dos modos de entender la vida, dos formas de situarse ante Dios y la vida. En uno, él es el causante de todo y por tanto también del mal que se abate sobre Job y el ser humano, por extensión. Es una perspectiva asociada a un prototipo de divinidad todopoderosa y castigadora, acorde al entendimiento de la religión natural; en el otro, reivindicado en el libro por Job, se insta a tomar partido por un Dios que –sin borrar de un plumazo las angustias, cancelar los enigmas, o solucionar los problemas como vulgar tapagujeros–, acompaña al ser humano en sus vicisitudes y garantiza la esperanza, habida cuenta que permanece firme a su lado en el rugir de la tormenta<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> Cf. C. M. MARTINI, «La parola di Dio nel futuro dell'Europa», *Non passare oltre*, EDB, Bologna 2003, 383-390.

<sup>2</sup> Cf. L. MAGGI, «Un Dios entre los escombros», *El secreto de la fragilidad*, Ciudad Nueva, Madrid 2020, 27ss.

A la luz de acontecimientos carentes de explicación, en primer lugar el terremoto del mal que altera itinerarios existenciales y trastorna los afectos, el libro desafía la solidez y estabilidad de la fe, y, desde una inestable pero clarividente atalaya, propone una serie de consideraciones sobre lo que significa ser humanos. Y, como sin pretenderlo, anticipa una respuesta al reto planteado en nuestros días por las filosofías trans y posthumanistas en su afán por ir más allá de los límites inherentes al hombre en cuanto a conocimiento, capacidad y espacialidad.

En su audacia, el libro propone una lectura perspicaz y evocadora de la realidad del ser humano, cuestionando en su raíz el entendimiento de lo que quiere decir toparse con el límite. De esta manera, emerge de sus páginas una mirada crítica y abiertamente alternativa al planteamiento de mejoramiento de la especie humana propugnado por el pensamiento trans y posthumanista. Adicionalmente, Job saca a relucir el contrasentido de una toma de postura rabiósamente individualista que encierra en vía muerta el debate contemporáneo en torno a la identidad del hombre, rescatando para ello la praxis de la bendición colectiva y la identidad de cuerpo como engranaje articulado. Job terminará siendo el personaje impulsor de una conciencia dilatada a la medida de la humanidad en su conjunto, modelo de quien ha sabido dejarse trascender como primicia temprana de la raza humana en su viaje hacia el corazón del misterio.

A nadie se le oculta que el escenario de desasosiego, vulnerabilidad e incierto sobresalto que envuelve hoy nuestros entornos vitales deja entrever notorias similitudes con el drama vivido por Job. Así es, la desigualdad, la injusticia, la crisis aguda derivada de las distintas pandemias contemporáneas arrojan masas de personas a las zanjas de la historia, hostigándolas en el basurero del mundo. Y de nuevo el ser humano se siente impelido a interpelar a Dios reclamando respuestas y motivos de esperanza que le alienten en su azaroso discurrir.

## **2. Más allá del límite**

El auge vertiginoso de las tecnologías de la información caracteriza de forma determinante nuestro momento histórico. De su mano ha surgido la hipótesis de un futuro en el que se verán superados los límites humanos derivados del conocimiento, las capacidades e incluso de la ubicación espacial de la persona, determinada en todo caso por su carácter corporal. Así es, la filosofía

del trans y posthumanismo conjetura el advenimiento de un estado de existencia caracterizado por la desaparición de todas esas limitaciones, del límite mismo causado por el cuerpo, en definitiva, que es contemplado como un estorbo para el cerebro. Desde esta actitud negativa hacia la corporalidad y de rechazo hacia los límites de la condición humana, el trans y posthumanismo se proponen definir el sistema viviente de una manera omnicomprendensiva, íntegra, con la mirada puesta en hacerse con la llave de su gestión para un día llegar a superar cualquier escollo de resabio corporal, incluida la muerte<sup>3</sup>.

Resuena aquí el eco de la incesante búsqueda de superación de las barreras que ha jalonado el camino milenar de la humanidad. Como no podía ser de otro modo, el deseo de trascender los límites ha sido un argumento recurrente en el imaginario religioso, filosófico, literario: hibridaciones humano-animales pueblan el universo mitológico y religioso, imaginarias criaturas legendarias abundan en el folclore popular, del mismo modo que individuos artificiales o tecnológicamente mejorados han protagonizado la novela distópica o de fantasía contemporánea, al igual que la producción cinematográfica, dejando una honda huella en la cultura.

Paradójicamente, tales anhelos corren parejos de algún modo con la narrativa escatológica elaborada a través de los siglos en el ámbito de las religiones. De hecho, el trans y posthumanismo describen el estado posthumano empleando idénticos contenidos, matices e incluso términos usados tradicionalmente para definir las prerrogativas exclusivas de Dios, a saber, la omnisciencia, la omnipotencia y la omnipresencia. En la tradición judeocristiana, el conocimiento verdadero, la inteligencia que imbuye la esencia de la creación, es atributo de Dios. De igual modo solo a Dios le es reconocido pleno poder para gestionar la historia conforme a sus designios, así como la ausencia absoluta de confines ante su acción generadora de salvación por doquier.

Resulta comprensible, por ello, el empleo trans y posthumanista de un vocabulario escatológico de recopilación, como el notorio concepto de «singularidad» acuñado por Kurzweil, una especie de narrativa escatológica impregnada de vocabulario tecnológico. Afirmo Kurzweil que se acerca el día en que nuestra civilización se expandirá hacia el exterior dando lugar a una materia y

---

<sup>3</sup> S. ODAK, «The Technical Book of Job: Reading Job from a Transhumanist Perspective», Enero 2012, [https://www.researchgate.net/publication/263618852\\_The\\_technical\\_book\\_of\\_Job\\_Reading\\_Job\\_from\\_a\\_Transhumanist\\_Perspective](https://www.researchgate.net/publication/263618852_The_technical_book_of_Job_Reading_Job_from_a_Transhumanist_Perspective) [20/03/21]

energía sublimemente inteligentes, trascendentes. Tanto es así que dicha Singularidad finalmente infundirá la energía con el espíritu. Llama la atención cómo los límites de la humanidad son identificados con los del cuerpo humano, como una modalidad recuperada de dualismo gnóstico.

Para el filósofo Stipe Odak estamos ante el proyecto de un sistema perfecto, en este caso una utopía informática<sup>4</sup>. Pero, a diferencia de su homóloga utopía religiosa, esta no procede del exterior ni precisa de revelación alguna, antes bien surge desde el interior del sistema mismo. Es una utopía que se fundamenta en la firme convicción de que la humanidad podrá llegar a determinar todas las leyes y principios de la condición humana por medio de la tecnología. Sus asombrosos avances permitirán analizar de forma exhaustiva, definir y superar la condición humana, para sumergirse en un estado de perfección exento de cualquier traba o restricción. De ahí los ingentes esfuerzos que se vierten en el análisis minucioso del funcionamiento del cerebro y la apuesta incondicional por el progreso de la tecnología, al precio que sea. «Invertir en curar el cáncer es perder el tiempo. ¡Olvidémonos del cuerpo!», exhorta el científico Kevin Warwick al tiempo que reitera la necesidad de conocer concienzudamente cómo funcionan los circuitos del cerebro a fin de ir haciendo posible una réplica informática del mismo<sup>5</sup>.

Cristaliza en estos desenlaces el paulatino declive de la consideración prioritaria de que gozó la especificidad humana frente a la técnica. Este proceso presenció un momento álgido con la publicación en 1949 del libro *Cybernetics: or the Control and Communication in the Animal and the Machine*, de Norbert Wiener. La peculiaridad distintivamente humana como eje de la creación, que había comenzado a tambalearse décadas atrás, recibió un torpedo en su línea de flotación. Se estaban poniendo las bases para difuminar la frontera esencial entre humanos, animales y máquinas, reduciéndolos a sistemas de comunicación y control.

Con el tiempo, se vio reforzado este devenir de equiparación por el vertiginoso desarrollo de las tecnologías de la información. Entretanto, las limitaciones relativas a la ubicación espacial que dimanaban del hecho de ser humanos se vieron confrontadas con el surgimiento de un nuevo espacio utópico: la información. Esta, concebida como secuencia de señales pura y descontextuali-

---

<sup>4</sup> Cf. S. ODAK, *Idem*.

<sup>5</sup> Cf. K. WARWICK, [https://www.elconfidencial.com/tecnologia/2014-03-04/invertir-en-curar-el-cancer-es-perder-el-tiempo-olvidemonos-del-cuerpo\\_95957/](https://www.elconfidencial.com/tecnologia/2014-03-04/invertir-en-curar-el-cancer-es-perder-el-tiempo-olvidemonos-del-cuerpo_95957/) [10/03/21]

zada, brindaba un fundamento intelectual para postular una encarnación acorpórea. A principios de los años 60 Wiener pronunció su osada declaración de que «es conceptualmente posible que un ser humano sea enviado a través de una línea telegráfica». Su tesis se basaba en el principio cibernético elemental de división entre información y significado.

La información, a diferencia del significado, constituye una secuencia de señales que se mantiene estable e independiente del contexto, por lo que puede ser preservada intacta. Así entendida, deviene esencia pura, libre de cualquier significado accidental. Y así, la revolución informática consiguiente abrió un horizonte de existencia digital pura. Subyacía la intuición de que traducir nuestra vida en esta forma no material de información confiere una conciencia única al mundo y a la familia humana.

Además, se planteaba con fuerza la necesidad de redefinir lo que nos hace humanos, ya que algunas cosas que creíamos netamente humanas podían ser realizadas a la perfección por las máquinas<sup>6</sup>. A partir de aquí, y desde una confianza innegociable en la capacidad de la tecnología, los eruditos centraron su visión del futuro alrededor de los desarrollos tecnológicos que estaban llamados a trascender los límites tradicionales del cuerpo y del intelecto. Consiguientemente se empezó a entender al ser humano en términos de *hardware* corporal y *software* mental, apuntando sin sutilezas hacia la superación de los límites del estado humano.

En términos generales, se postulaba que tras una fase de transhumanismo, en la que las capacidades humanas serían mejoradas por la tecnología, despuntaría una fase post-humana de conciencia universal. Katherine Hayles, en su libro *How we became posthuman* resume algunos supuestos distintivos de los posthumanos: los patrones de información son los portadores esenciales de la naturaleza del ser, mientras el sustrato biológico es visto meramente como un accidente histórico secundario; la conciencia es considerada como un epifenómeno evolutivo, carente, pues, de relevancia; el cuerpo es visto simplemente como una prótesis que aprendemos a usar y manipular, por lo que puede ser reemplazado o ampliado; y el posthumanismo considera al ser humano compatible sin fisuras con máquinas inteligentes<sup>7</sup>. En la óptica posthumana, no

---

<sup>6</sup> Por ejemplo, en estos términos se expresa K. WAWRICK en el artículo citado.

<sup>7</sup> Cf. K. HAYLES, *How We Became Posthuman: Virtual Bodies in Cybernetics, Literature, and Informatics*, Chicago, University of Chicago Press, 1999, 2-3. «First, the posthuman view privileges informational pattern over material instantiation, so that embodiment in a bio-

existen diferencias esenciales ni demarcaciones absolutas entre la existencia corporal y la simulación informática, el mecanismo cibernético y el organismo biológico, la teleología robótica y los objetivos que se marcan los humanos.

De algún modo, es esta una conclusión coherente con el proceso emprendido de superación de los límites. Ahora bien, aun aceptando la presunción de que un día podremos trasladar todo nuestro conocimiento a sus equivalentes digitales, la pregunta es ¿cómo podemos saber lo que constituye «todo»? se pregunta Odak. Cuando se trata de la definición de la persona humana, este problema se hace acuciantemente evidente. Como dijimos, el trans y posthumanismo solventa la papeleta postulando que un sistema puede ser definido de forma exhaustiva desde su interior. Esto es algo que Job ciertamente habría refutado, convencido como estaba de que una actuación desenraizada (incorpórea) y desencarnada (digital, diríamos hoy) no puede nunca enmendar la plana a la tozuda realidad, que esconde entre sus pliegues las perlas preciosas de lo genuinamente humano, ni tampoco puede pretender dar a luz una realidad más real de la que se empecina a venirnos al encuentro.

### **3. Haciendo cuentas con el límite**

Sin embargo, detrás del proyecto de superar cualquier tipo de límite a fin de poner sobre la mesa una conciencia común que a todos vincule, subyacen embarazosos reduccionismos e incoherencias mentales, denuncia prolépticamente y con extrema lucidez la tesis del libro de Job. El maremágnum mismo de conflicto, desorden, caos, incompreensión, dolorosa sacudida vital que envuelve su figura pone de relieve la naturaleza incierta e inaferrable de los seres humanos, al tiempo que invita a pensar que la realidad no puede ser pensada de manera unívoca e incontrovertible.

---

logical substrate is seen as an accident of history rather than an inevitability of life. Second, the posthuman view considers consciousness, regarded as the seat of human identity in the Western tradition long before Descartes thought he was a mind thinking, as an epiphenomenon, as an evolutionary upstart trying to claim that it is the whole show when in actuality it is only a minor sideshow. Third, the posthuman view thinks of the body as the original prosthesis we all learn to manipulate, so that extending or replacing the body with other prostheses becomes a continuation of a process that began before we were born. Fourth, and most important, by these and other means, the posthuman view configures human being so that it can be seamlessly articulated with intelligent machines».

Más aún, el fatigoso proceso de esclarecimiento gradual de los enigmas que acompañará su devenir pone en claro la necesidad de afanarse sin tregua por perfilar y proteger la propia identidad. Basta abrir los ojos para comprender que esta se halla amenazada por poderosas narrativas dominantes, en este caso por la aspiración categórica de las filosofías trans y posthumanistas de contar con una única interpretación final de todo. Pero una comprensión unilateral de lo que significa el límite, y por tanto sesgada y fragmentaria, termina por encerrar al hombre en una asfixiante falta de horizontes de sentido.

El caso es que la idea de conectar toda la conciencia y el mundo en una realidad singular lleva consigo la eliminación de la interpretación, implica la anulación del pensamiento, porque en el marco de un consenso completo y eterno (consecuencia de una imposición, inevitablemente) la particularidad diferenciada no puede sino quedar abocada a su fatal desaparición. La lectura de Job en este sentido, frente a una visión unilateral, excluyente y elitista como tiende a ser la del trans y posthumanismo, se antoja imprescindible precisamente en virtud de su carácter altamente subversivo, plantea Odak. Alrededor de las intuiciones sapienciales que Job legó a la posteridad, se establece entre el texto bíblico y el trans y posthumanismo una aguda confrontación ideológica llamada a verter luz sobre los complejos entresijos del debate contemporáneo sobre el ser y la vida humana.

Resulta del todo emblemática la figura de Job, que se devana los sesos mientras se tambalea, pero aguarda el esclarecimiento de sus enigmas firmemente anclado en su tribulación: él se muestra irreductible en su convicción de que el horizonte es el único límite posible, y poco a poco va comprendiendo el valor de esa fina línea que separa las metas alcanzadas de las que aún quedan por conquistar. Su misma actitud es ya una declaración de intenciones que se prolonga en los ejes del tiempo y del espacio, persiguiendo el límite que nunca puede ser alcanzado, pero que seduce a quien trata de conquistarlo, a condición de que se tenga el valor de afrontarlo cara a cara: solo transitando el límite puede salir a la superficie el valioso tesoro de humanidad y de sabiduría que anida en nuestro interior.

#### **4. Eslabones perdidos y hallados en Job**

¿Constituye la restricción, el límite, un obstáculo insalvable que nos hace saborear (amargamente) quiénes somos? La trayectoria de Job pretende develar una juiciosa y, a la vez, exigente respuesta a este interrogante. Él se sitúa

en la senda de su sereno reconocimiento y aceptación, condición *sine qua non* –se irá percatando– para el surgir de una realidad nueva, profunda, genuina. La pretensión de superar los límites propios de la naturaleza humana se verá confrontada, así pues, con una lectura alternativa, que postula mirar más allá de una mera connotación negativa del límite como delimitación restrictiva. Sacudido y abatido, pero no vencido, Job hace suya una mentalidad de peregrinación, de humilde éxodo desde el propio bastión, a través de un recorrido en que aprende a acoger las cosas que hay y tal como son, a evaluar lo que debe hacerse y a vivir con la confianza y el aplomo propios del que no pretende conocer y dominar todo.

Todo éxodo reclama un alto precio, indudablemente: el precio que corresponde a la disposición de prescindir de los contornos seguros del propio conocimiento, despojarse de la sensación de seguridad, control, dominio, renunciar a la autorreferencialidad... Irónicamente, Job se halla en situación aventajada. Privado de todo tipo de bienes: sin conocimiento, desposeído, y físicamente maltrecho, su realidad es ahora definida con nitidez precisamente por sus límites. Se diría que, en apariencia al menos, no queda espacio alguno para su iniciativa. Pero, de forma paradójica, está brotando una nueva inteligencia impregnada de un entendimiento que ensancha su mirada hacia horizontes vastos e insospechados. En concreto, se va a plasmar en Job un nuevo modo de conocer, de actuar y de estar en consonancia con la naturaleza verdadera, abierta hacia Dios, del ser humano.

### **a. Omnisciencia**

Como hemos visto, el trans y post-humanismo buscan definir el sistema viviente de manera exhaustiva, omnicomprensiva, con el objeto de controlarlo y superar sus limitaciones. Les mueve el propósito de conocer al dedillo los engranajes del sistema dentro del sistema, alcanzando la dicha de la interpretación inequívoca, la singularidad. Al margen de lo desmesurado de esta presunción, ahora bien, nos damos aquí de bruces con el problema de toda ideología totalitaria: a saber, dar por sentado que la idea de la sociedad perfecta del futuro justifica cualquier paso que se dé en pos de su edificación. Pero pensándolo bien, la opción inversa es mucho más acorde a la razón, es decir, los pasos a dar deberían ser justificados críticamente en relación con el objetivo deseado. De no ser así, existe el serio peligro de que surja una narrativa cerrada, impermeable, unilateral, que hace tabla rasa con todo lo que es diferente.

Los tres amigos de Job, Elifaz, Bildad y Sofar, son claros ejemplos de narración cerrada. Se relacionan con él desde un modelo definido del universo, articulado conforme a la idea de la justicia retributiva: se culpa o castiga a las personas por los actos incorrectos que realizan, calculándose la severidad del castigo en proporción a la seriedad del crimen. Así las cosas, esta forma de razonamiento reduce los variados matices plurales de la situación que afronta Job, dando pie a una imagen generalizada de lo que es universalmente humano, atribuible a cualquier persona sin más. Por eso, ellos tres leen el límite, interpretan el dolor desde un punto de vista exclusivamente técnico, transhumanista diríamos, como si fuera un virus destructivo que deja maltrecho cada sistema (su familia, su propiedad, su estatus social). Incluso el sistema central (su vida), es puesto en peligro. El dolor es visto tan solo como punición que conduce inexorablemente a la destrucción completa. Incluso su misma esposa ocupa un papel señalado en este ataque a Job: «Su esposa le dijo, “¿Aun persistes en tu integridad? ¡Maldice a Dios y muérete!”» (Job 2,9) También ella tiene los ojos cerrados, incapaz de captar ningún sentido positivo en la dramática lucha de su esposo.

Pero hay algo que la justicia retributiva desconoce: el Dios bíblico, lejos de atisbar desde lontananza el comportamiento de los humanos esperando su obsequiosa respuesta, vive en relación, teje nudos de encuentro, transita sus caminos, experimenta la dependencia, hace cuentas con ellos. Ya el acto creativo del que surge el mundo manifiesta bien a las claras esta verdad: la primera imagen divina que se asoma a la Biblia es la de una voz que llama. No habla consigo mismo, como sucedía en el mito antiguo; invita las cosas a ser, las llama por su nombre. Cada elemento singular de la creación, antes aun de que venga a la existencia, es buscado y llamado: ¡Luz! ¡Cielos! ¡Tierra! Y desde el caos, la luz responde a esa voz y comienza a ser<sup>8</sup>.

El relato del nacimiento del mundo revela un Dios que busca la relación y que, llamando al mundo, lo arranca del caos. No es autónomo ni autosuficiente, necesita a sus criaturas, desea establecer una relación con ellas. En este aspecto está hecho a la imagen y semejanza humana, frágil como nosotros. Los seres humanos somos débiles porque nuestros días son cortos, la enfermedad nos hace temblar y la muerte acecha implacable; Dios es frágil porque ha elegido vincular su existencia a la nuestra, desentraña cada página de la Biblia.

---

<sup>8</sup> Cf. L. MAGGI, *Idem*.

Él cuida de sus criaturas y promete defenderlas del mal y de los peligros. Pero quien camina con Dios y cree vivir protegido a la sombra de sus alas, se encuentra igualmente expuesto a los cataclismos de la vida. Job inquiera a Dios la razón de su padecimiento y deja caer la sospecha de que es el propio Señor del mundo el responsable de sus desventuras. Postrado en medio del sufrimiento, con todo, no descarta a Dios de su búsqueda. Al contrario, lo desafía: quiere que salga de su silencio y responda a sus preguntas. Y Dios se pronuncia. Pero su voz dista mucho de mostrarse sosegada. De hecho, quien aparece en escena no es un ser superior que profiere juicios irrevocables. Al contrario, Dios habla instalado en la tormenta, haciendo ver que no es Job el único desolado en medio del inestable vaivén, no solo Job da rienda suelta a interrogantes atornadores.

Dios también habita la inquietud, su corazón yace confuso. No se presenta como aquel que tiene en sus manos las riendas del mundo. Más bien, se solidariza con las tragedias humanas y comparte su tormento. Las conoce bien pues no es inmune a catástrofes y terremotos. Presente en nuestras pruebas, las sufre con y por nosotros, y revela de ese modo que, tanto en la congoja como en el consuelo, nuestra vida posee un significado mucho mayor. Tanto Job como Dios conocen la furia que se apodera de la persona, la sacude, la desgarrar, dejándola agonizante entre los despojos de la vida. Envuelto en el conflicto, el Dios que habla con Job forma parte del abismo. Formula preguntas intimidantes, levanta la voz como para defenderse. Pero se muestra fascinado por ese interlocutor que ha osado desafiarlo. Y no evade el diálogo.

Y sorprendentemente Job, el hombre marcado por los límites, es el único que logra superar las estrecheces del obtuso y letal «conocimiento» de la justicia retributiva. Curiosamente, podríamos incluso decir que solo él termina siendo genuinamente transhumano: a través de su persistencia y confianza en Dios, se hace partícipe de una realidad escatológica, de esa realidad misteriosa que trasciende la percepción limitada de la condición humana. Forma parte de un proceso en el que es el futuro lo que define el pasado, el proceso es medido en función de la meta que se aspira a alcanzar. Por eso, a pesar de los ciegos posicionamientos de las personas de su entorno, el dolor en su caso no juega únicamente un papel negativo. Es un mecanismo crucial de crecimiento y aprendizaje, en el que el conocimiento acontece a través del sufrimiento<sup>9</sup>. Y así, en la fase final de la exposición divina, la postura de sus amigos y de su

---

<sup>9</sup> Cfr. S. ODAK, *Idem*.

misma esposa será descartada como no válida porque no han sido capaces de alzar su vista del polvo (Job 42,7-9).

Con todo, el libro no presenta en su corolario una resolución final en forma de explicación rotunda. Sería poco apropiado para el ser humano, correría el riesgo de pisar su libertad. Por el contrario, presenta una larga lista de preguntas que muestran las lagunas en su conocimiento. Quiere indicarnos con ello que la dimensión trascendental del conocimiento es inalcanzable; representa algo que como humanos no podemos saber. La única respuesta posible a cada pregunta es: «no lo sé, lo desconozco». En el monoteísmo, este conocimiento está relacionado primariamente con Dios: solo Dios lo sabe. Job señala el peligro latente en toda ideología que pretenda abrogarse el verdadero conocimiento del ser humano. Su postura representa una invitación a la acogida sin condiciones del Señor de la historia. Viene a ser, indirectamente, una crítica directa de las filosofías trans y post-humanistas, que están impregnadas de la convicción de que tales modelos finitos de ser humano serán posibles algún día con la mediación de la tecnología. Job desenmascara esta ilusión y pone patas arriba cualquier pretensión de alcanzar la dicha de la interpretación inequívoca.

### **b. Omnipotencia**

La vida de Job se deshace a pedazos en un cúmulo de desgracias. Se ve privado de sus posesiones, de su casa y finalmente de su familia. Un huracán violento lo ha dejado a la intemperie, desnudo, carente de identidad. Despojados de su esplendor pasado, sin recursos en el presente y carente de futuro por la muerte de sus hijos, constata que el mundo que le rodea ha sido arrasado por un terremoto devastador. Sobre los escombros de su existencia permanece confuso, perplejo. Un agudo interrogante retumba en su ser: ¿por qué?

El mal le ha desequilibrado, ha tirado por tierra sus convicciones. Revestido de incredulidad, su confianza en Dios vacila, inerte e incapaz de proyectarse más allá del sinsentido de un sufrimiento atroz. En un primer momento se refugia en un cinismo que deviene indiferencia y resignación. La sacudida del mal ha reducido su Dios a ruinas y su fe ha quedado sepultada entre escombros. Job no es ya más que un perfecto desconocedor de la matriz profunda de esa realidad que le aturde y apabulla. En tales condiciones, todo lleva a pensar en la verdad de la aseveración inicial del Satán: este había desacreditado a Job sin contemplaciones, seguro de que era su posición social pri-

vilegiada y su disfrute ilimitado del poder el resorte que le permitía actuar de modo agradable a los ojos de Dios. Una vez que se vea privado del mismo, cuando todo su esplendor caiga por tierra, Job mostrará su verdadero ser, se evidenciará su mísera condición humana lastrada por el egoísmo, la ambición, la envidia, y dará la espalda a Dios.

En efecto, si Job se muestra demasiado humano, un perfecto desconocedor de la matriz misteriosa de la realidad, entonces la marea de la destrucción lo engullirá sin remedio. Y el ideal transhumanista dará razón a Satán, descrito en el libro como agente libre que provoca reacciones incluso de Dios. Es este el anhelo trans y posthumanista: adueñarse de la sabiduría, voluntad y determinación de los hijos de Dios, alcanzando el estado de singularidad final.

Pero Dios quiere mirar a Job a la cara, desea que recupere toda la dignidad perdida en el sufrimiento, su fortaleza y orgullo, para estar a la altura del desafío y afrontar juntos el peso de lo negativo. Por eso, no le pide que esconda su rostro, que se incline o se descalce; le apremia, en cambio, a cambiar de postura y convertirse en protagonista. Él que, sumergido en la inmundicia, se rasca desolado con un fragmento de vasija rota, es invitado ahora a adoptar la actitud recta y noble que caracteriza a las criaturas hechas a imagen y semejanza de Dios.

Job recoge el guante y se alza de sus cenizas. Se siente como un gusano, pero en realidad es un gigante que puede discutir con Dios para intentar comprender lo incomprensible. Y Dios lo quiere erguido, no doblado ni humillado. Un nuevo concepto de poder se va abriendo paso en él. Pero en este arduo proceso, el mismo Dios experimentará la extenuación de enfrentarse al mal. La contrariedad de Job le atenaza y cuestiona su compromiso de poner freno al caos que acecha al cosmos hermoso y bueno que diseñó. Y así, mientras desvela el vigor y la fragilidad de la creación, el discurso divino significativamente amplifica el grito de Job, mientras le confiere una gran dignidad.

Y aunque Job trata de encontrar un significado final a los terremotos de la vida, no termina de hallar una respuesta definitiva. La pregunta sobre el mal no es un acertijo al que responder de cualquier modo, es el interrogante que atraviesa toda vida humana e incluso divina. Las soluciones sugeridas por el discurso divino no pasan de ser provisionales; pero revelan un rasgo inédito del rostro divino, que lo hace parecido al humano.

Dios es frágil en su omnipotencia, se hace cargo Job. Sometido a estricta verificación de sus acciones, no puede dar por supuesta una adhesión incondi-

cional. Su imagen puede estallar en mil fragmentos cuando atravesamos las tempestades de la vida, zarandeados en el ojo del huracán. Y cuando las cuentas no cuadran, se rompe el pacto, lo que deja bien claro lo inadecuado de la imagen clásica de un Dios todopoderoso.

Pero hay algo más: Dios es débil, no solo porque parece incapaz de frenar el mal del mundo, lo es también porque liga su existencia a sus criaturas desde el principio. Dios ama, y quien ama conoce los abismos, la inestabilidad, el riesgo de la pérdida. Si amas, te haces dependiente del otro. Dios es frágil porque ama y el amor hace vulnerable. Se descubre necesitado del ser humano y, por ello, expuesto al riesgo de ser rechazado. Sí, Dios es frágil, como nosotros, resiste al mal con soluciones parciales, no rehúye lo negativo de la historia, las sacudidas de la vida, va asimilando Job. Dios no se rinde y comienza siempre de nuevo la lucha por arrancarle el mundo al caos. En el surco abismal abierto por este discernimiento inesperado de Job, una ilustre descendiente de su mismo linaje, Esther Hillesum, llegará a formular la asombrosa sentencia de que este frágil Dios debe ser ayudado a sobrevivir. Y en eso radica la grandeza del ser humano.

Sea como sea, pese a la incertidumbre y a los altibajos de Job, la desaparición sin paliativos de la escena que sufre el Satán a medida que se va desenredando la madeja, muestra hasta qué punto su intuición hacia él era radicalmente errada. La negatividad que enmarcaba su juicio sobre los seres humanos en su conexión con Dios ha cedido paso de improviso a un esbozo de fe genuina, a la visión cósmica e iluminada de un hombre cabal, colmado del verdadero poder, o sea, la capacidad de generar vida y convertirse en bendición para las generaciones, abierto, por lo demás, a la imprevisible novedad que todo transforma y renueva.

### **c. Omnipresencia**

Job, todo un dechado de fortaleza, seguro de sí mismo e ignorante de escollo alguno en la vida, se halla ahora aturdido, postrado por tierra. De repente, sin buscarlo ni merecerlo, se ha visto precipitado en ese aterrador paraje de los márgenes inhóspitos de la historia en el que deambulan las masas de víctimas inocentes, de un modo u otro objeto de atropello flagrante. Es un alma en pena, desconcertado, rodeado por tinieblas. Pero Job no se doblega: encaja el golpe, y hace acopio de fuerzas para que su infortunio no quede sepultado para siempre. Rehúsa aceptar que su sangre haya sido derramada en vano, su

anhelo es que –junto con él– a los olvidados de este mundo, a los que han sido aplastados sin piedad ni esperanza, les sea restituida su dignidad. Por eso, alza la voz y pide al mundo que salga en defensa de los frágiles, que se rebele ante la ciega injusticia que hace oídos sordos a su clamor<sup>10</sup>. Y él se erige en su portavoz, deviniendo un hombre de alcance universal.

La postura de sus amigos, en la otra vertiente, representa la mirada cómodamente instalada de quien cree ostentar el poder y se arroga el derecho a marcar las pautas. Probablemente desde el desconocimiento, pero el caso es que su acomodaticia falta de coraje para desenmascarar un poder inhumano contribuye fatalmente a cavar las fosas del vertedero donde yacen las víctimas de tanto desatino. Job no tira la toalla, asume y digiere el despropósito y, en su agonía, recurre a un Dios más genuino, sueña con un Dios que no vuelva la espalda a la obra de sus manos, que no desdeñe el clamor de los desheredados, el Dios de las víctimas, en definitiva. Y, en efecto, su clamor impetuoso va a labrar un futuro tan inesperado como grandioso.

Entretanto, hace suyo el lamento de los excluidos y eleva su queja contra la injusticia del sistema. Tantas muertes y sacrificios no han de ser infructuosos, vislumbra que están llamados a convertirse en semillas de nueva historia, han de traer consigo la recuperación de la dignidad por parte de los últimos. Sale entonces a escena su sobria humanidad y en su persona extenuada y apaleada, en su cuerpo maltrecho, va a tener lugar una asombrosa y emblemática inversión de ruta. Representando a todos los vulnerables, Job escenifica en sí el paso desde el agravio sufrido hacia la esperada bendición que confiere un nombre al ser anónimo y le alumbró la razón de su padecer, bendición que abre paso a una convivencia basada en la justicia y en la compasión.

Así es, gracias a la firme resiliencia de Job, una nueva figura de Dios y un modo del todo nuevo de relacionarse con él se va abriendo camino. Esa mentalidad primitiva que asocia con Dios el poder de castigar y condenar, una visión meramente retributiva no iluminada aún por la mirada lúcida que atraviesa el límite, él la ha desechado. Y ahora va a espigar los frutos, es el momento de encontrarse con un Dios aliado con los que no cuentan, el Dios enamorado de la justicia, que desea permear el mundo de su sabiduría y verdad. Es la hora de percatarse de la omnipresencia de Dios dondequiera que se eleva un clamor por su bondad.

---

<sup>10</sup> Cf. X. PIKAZA, *Los caminos adversos de Dios*, San Pablo, Madrid 2020, 111ss.

El temple de Job, su fe descarnada, desvela cómo las tumbas excavadas en los estercoleros son, en realidad, una antesala de camposanto, el signo de una presencia diferente de Dios que invierte el curso de la historia reivindicando la prioridad de los que se ponen en sus manos. Con Job se comienza a plasmar un orden nuevo, se entrevé un anticipo de aquella enseñanza paradójica que más tarde pondrá patas arriba los valores del mundo: «los últimos serán los primeros», «dichosos los que sufren porque serán consolados». Ante el Dios de Job nadie queda sin justificar, nadie es dejado, abandonado a su suerte en mitad del basurero.

### **5. Algunos pilares a modo de síntesis**

Aprendiendo a fusionar sus horizontes humanos con la perspectiva inescrutable pero hondamente humana de Dios, Job va experimentando de forma paulatina el rescate de la limitación que le oprimía. Solo haciéndose partícipe de la visión de Dios, que reemplaza lo efímero y temporal por lo perpetuo y lo eterno, consigue restablecer la recta interpretación de las cosas, se libera de la asfixia derivada de la incomprensión y de la ceguera. De forma inesperada, él se ha convertido en protagonista de un futuro sobrevenido en forma de rescate y anunciado como visión luminosa: «Yo sé que vive mi Defensor, que se alzaré el último sobre el polvo; y que después que me dejen sin piel, ya sin carne veré a Dios. Sí, seré yo quien lo veré, mis ojos lo verán, que no un extraño» (19,25-27). Es la obra misteriosa de Dios que transforma a Job en una presencia suya, un hombre que es bendición para el mundo y que recapitula en sí la plenitud divina que impregna la tierra, anuncio viviente de aquel que siglos más tarde unirá en sí cielo y tierra.

Convertido en avanzadilla de un nuevo mundo, se hace cargo ahora del valor extremo de su persona, de las ingentes potencialidades de su ser cuerpo y alma. «Solo de oídas te conocía, pero ahora te han visto mis ojos» (42,5). Y el vertedero inmundo en el que masticaba lastimosamente su desdicha encarna la gran transformación a que son llamados los basureros de la historia: convertirse en espacios desde los que se alza al cielo el clamor de los desheredados, clamando contra toda agresión, incluso aquellas que se pretenden justificar como designio divino.

Vistas así las cosas, la vida misma de Job delata que el transhumanismo, en última instancia, se nutre del envejecimiento que se produce cada vez que el ser humano no piensa o gestiona su existencia como persona. Su dramática

aventura da a entender que el propósito de trascender los límites, de dejar atrás los confines propios del ser humano para conseguir el control sobre la creación, implica en realidad su aniquilamiento y el inicio de un orden del todo diferente. Y aquí Job tiene mucho que decir: su realidad personal se ha visto maltratada, gravemente lastimada, sí, pero no por ello consiente ser pisoteado, él saca la cabeza por encima del agua. Así, dignifica el cuerpo y la intimidad que él es como ser humano, mientras pone sobre la mesa el enorme valor del cuidado recíproco entre todas las personas, desde una postura que lejos de descorporar la inteligencia, halla en el cuerpo la sede de esta<sup>11</sup>. Los avatares que jalonan su vida, las noches oscuras que ha de afrontar, revelan que, como seres humanos, existimos en correlación con todos los demás fragmentos de la creación, estamos vinculados unos con otros. Y esta interrelación implica una limitación cognitiva. Se diría que Job desvela que, por fortuna, estamos insertos en una realidad cuya interpretación última no nos corresponde.

Para concluir, tomo prestadas unas reflexiones de una heredera aventajada de Job que bebió de su fuente, Simone Weil. Ella hace ver que nada hay más próximo a la verdadera humildad que la inteligencia, y explica que «la humildad es el conocimiento de que uno ha nacido en tanto ser humano, y de manera más general en tanto a criatura», en oposición a la creencia de que «uno es en tanto a sí mismo, como un ser humano particular»<sup>12</sup>. La persona humilde expresa lo universal y no lo particular, y reconoce que su existencia es un regalo que le viene de fuera.

Añade en otro momento: «La humildad consiste en saber que no hay ninguna fuente de energía en aquello que uno llama “yo” que permita elevarse». Weil observa con clarividencia que todo aquello que nos genera orgullo es ilusorio e impermanente: «Aquello de lo que nos enorgullecemos, es siempre algo de lo cual las circunstancias nos pueden privar». «Tomar consciencia de esta mentira es la virtud de la humildad (la desnudez del espíritu)», y esta nos hace transparentes y porosos para recibir la gracia, los dones espirituales, que escapan las circunstancias y con los cuales se trasciende lo mundano.

Simone relaciona también la humildad con la atención. «En el dominio de la inteligencia, la virtud de la humildad no es otra cosa que la atención». La

---

<sup>11</sup> Cf. A. DOMINGO MORATALLA, <https://eldebatedehoy.es/noticia/ciencia/12/08/2019/transhumanismo/> [15/03/21].

<sup>12</sup> Cf. JIMENA, O., <https://culturainquieta.com/es/inspiring/item/17657-que-es-la-humildad-y-por-que-es-la-maxima-virtud-segun-simone-weil.html> [01/04/21].

humildad, libre de un obsesivo carácter autorreferente, es siempre atenta y se vuelca, vacía, hacia su objeto de manera indivisa. Y la inteligencia, en efecto, está asociada a la humildad, pues el conocimiento depende de la atención y la auténtica inteligencia es aquella que no está ensimismada, sino que es capaz de escuchar, esperar, obedecer y recibir la luz del conocimiento.

En definitiva, la atención es una forma de amor o compasión, pues el amor, como la atención, es la capacidad de hacerse enteramente disponible al otro. Sale a la luz la enorme envergadura de Job, un pionero sin precedentes en el viaje de la humanidad hacia su plena trascendencia y liberación de confines reductivos. En Job, el ser humano empieza a entenderse como vehículo a través del cual el universo realiza su actividad, siendo la última y la vocación misma del ser humano, la de colaborar en la obra de la creación..., a la espera de aquel que habrá de convertirse en el verdadero puente de enlace entre cielo y tierra, aquel que llevará a su cumplimiento definitivo la obra de la creación, colmando de ese modo sin reservas las expectativas y anhelos del buen Job.